

Volodímir Yermólenko y Tetyana Ogárkova recorrieron Ucrania para su nuevo ensayo. Belén Díaz

TETYANA OGÁRKOVA Y VOLODÍMIR YERMÓLENKO

Filósofos ucranianos

«En la guerra cualquier experiencia es preciosa porque estás vivo»

La pareja de pensadores ha recorrido su país tras la invasión de Putin para dar forma a 'La vida en el límite', un conmovedor ensayo sobre lo que supone vivir asediado por los ataques de Rusia

Jaime G. Mora

Hoy estarán de vuelta en Ucrania, tras un viaje en avión y tren que durará 24 horas. «Nos pasamos todo el rato mirando este mapa», explica Tetyana Ogárkova mientras muestra su teléfono. «Esto es Kiev y sabemos que se está acercando un dron porque lo indica este punto blanco. Lo miro constantemente porque nuestros hijos están allí. Estos puntos rojos significan que hay misiles. También me fijo en esta zona –dice mientras señala la frontera–. Vamos a entrar por aquí... Sabemos que la muerte llega muy rápido, de manera absurda, en cualquier momento». Ogárkova ha presentado estos días, junto con Volodímir Yermólenko, 'La vida en el límite' (Libros del Asteroide) en el CCCB de Barcelona y en Madrid. Filósofos los dos, han realizado más de cuarenta viajes por todo el país desde que Rusia inició la invasión en 2022. Toda esa experiencia ha cristalizado en un conmovedor ensayo sobre lo que supone vivir en guerra.

—¿Cuál es el límite entre la realidad y la irrealidad en una guerra? ¿Cómo se vuelve a la realidad después de vivir algo así?

—Volodímir Yermólenko (V. Y.): Cuando venimos a lugares como Madrid, todo lo que vemos nos parece irreal. Nuestra realidad consiste en vivir bajo las bombas y los drones. Nos sentimos como si estuviéramos en Matrix. En la película, los personajes viven en una realidad de tinieblas, pero pasan a vivir en un mundo de ensueño. Creo que aquí la gente percibe la guerra como una especie de sueño o una pesadilla lejana de la que puede despertarse. Lo que intentamos decir es que nuestra guerra no es ninguna pesadilla, es un peligro creciente que puede llegar al resto del mundo.

—¿Cómo cambia la relación con la muerte durante la guerra?

—V. Y.: En una guerra, la muerte se convierte en algo que puede ocurrir dentro de unos minutos o dentro de unas horas. Eso te obliga a comprender hasta qué punto la vida es frágil. La muerte es rápida, la vida es lenta. Para educar a una persona, para que aprenda a hablar, leer, trabajar o hacer negocios, hacen falta años. Para matarla solo se necesita un segundo, un disparo. Los tiranos quieren gobernar a través de la muerte. Transmiten el mensaje de que nuestra muerte les pertenece, de que ellos deciden cuándo morimos, y eso infunde mucho miedo. Es lo que está intentando hacer Putin. Antes lo hicieron Stalin y Hitler.

—Tetyana Ogárkova (T. O.): También aprendes a vivir de una manera más intensa. Eres feliz por tener un día más, una noche más. Vives en el presente y aprecias lo que tienes: a tus amigos, la cena, el café que estás tomando, el amor de tus hijos... Cualquier experiencia es preciosa porque estás vivo.

—V. Y.: La guerra es un 'coach' de vida.

FUTUROS ATAQUES

«Hemos visto planes para atacar las costas españolas mediante drones. Es el momento de prepararse ante posibles ataques»

—En el libro afirman que Rusia está librando una guerra contra la realidad.

—V. Y.: Las tiranías suelen construirse sobre grandes fantasías. Trump tiene una fantasía política. Putin también. La Unión Soviética construyó la idea de la dictadura del proletariado en un país donde el proletariado apenas existía. Cuando una tiranía crea una gran fantasía y descubre que la realidad no encaja en ella, está dispuesta a destruir la realidad para adaptarla a esa fantasía. La fantasía rusa actual consiste en afirmar que Ucrania no existe como nación y que Europa es débil y terminará desmoronándose. Rusia intenta imponer esas ideas para convertirlas en realidad y poder decir después que tenía razón. De eso trata la desinformación rusa. No consiste simplemente en mentir, sino en la convicción de que la realidad puede transformarse para ajustarla a una fantasía ideológica.

—Un proceso que comienza en la escuela.

—T. O.: La ocupación rusa no supone un simple cambio de banderas o de administración, sino que implica niveles extremos de violencia, tortura y asesinato de los sectores más activos de la población. El primer objetivo es intervenir en las escuelas y las bibliotecas. Reprograman a los niños, sustituyen los libros ucranianos por libros rusos e intentan transformar tanto a los niños como a los adultos en rusos. Pensemos en Crimea, ocupada desde 2014. Los niños que entonces tenían cinco o siete años ya son adultos y han crecido dentro del sistema ruso. La pérdida más dolorosa para nosotros es que nos arrebatan a nuestra propia gente, especialmente a los niños. Algunos terminan incorporándose al ejército ruso. Si Rusia ocupase toda Ucrania, intentaría transformar a toda la población en un recurso militar propio. Su siguiente objetivo sería utilizar ese ejército para atacar a los países situados más allá de Ucrania.

—En el libro defienden la cultura ucraniana y cuentan que la poesía se ha popularizado.

—T. O.: La poesía se ha vuelto popular en Ucrania por varias razones. La primera es que constituye una forma de expresión breve e intensamente emocional. Pero su importancia va mucho más allá de lo literario: es un espacio para compartir experiencias. Organizamos lecturas de poesía en Kiev, en otras ciudades y también en el frente. Leemos poemas y la gente viene a escucharlos. Desde 2022 hemos visto a muchas personas convertirse en poetas, entre ellas numerosos militares. Esta experiencia existencial de la guerra crea poetas. La poesía se está convirtiendo en una forma de comunicación y de unión.

—Les cito: «La particularidad de la maldad rusa reside en que no es simple maldad. Es maldad que se repite».

—T. O.: La impunidad permite que los crímenes se repitan sin castigo. Por eso insistimos en que no existe una única guerra rusa, sino una sucesión de guerras rusas. Si observamos las últimas décadas, encontramos una secuencia continua: Moldavia, Chechenia, Georgia, Siria y, finalmente, Ucrania. Cada vez que la respuesta de las democracias occidentales resulta insuficiente o los agresores no afrontan consecuencias claras, aumenta el incentivo para reincidir. No entienden el lenguaje de la negociación ni el de la moderación; entienden el lenguaje de la fuerza. La única manera de poner fin a estas guerras es impedir que Rusia disponga de la capacidad necesaria para iniciar otras nuevas.

—¿Confían en poder ganar la guerra contra Rusia?

—V. Y.: Sí. La resistencia ucraniana tiene raíces muy profundas. A lo largo de la historia, los ucranianos han protagonizado numerosos movimientos de resistencia frente a estructuras imperiales o autoritarias. Rusia ha perdido muchas guerras. Cada derrota ha terminado propiciando reformas internas positivas. La guerra de Crimea, a mediados del siglo XIX, condujo al fin de la servidumbre; la derrota frente a Japón favoreció la aparición de la primera Constitución y del primer Parlamento ruso; la Primera Guerra Mundial puso fin a la monarquía, y la guerra de Afganistán contribuyó al colapso de la Unión Soviética. Así que esperamos que Rusia pierda esta guerra y que la derrota abra un proceso de transformación dentro del país. Cuando Rusia gana una guerra, su régimen se vuelve todavía más terrible. La victoria sobre Napoleón dio paso a la tiranía de Nicolás I. La derrota del nazismo fue positiva para Europa, pero tuvo consecuencias negativas para la Unión Soviética, donde la tiranía se recrudeció.

—T. O.: Rusia tiene capacidad para amenazar a otros países europeos. Esta ya no es una guerra de tanques y artillería, sino de drones y operaciones híbridas. Rusia puede atacar Europa desde el sur, incluso desde el Mediterráneo. Hemos visto planes para atacar las costas españolas mediante drones lanzados desde embarcaciones. Este es el momento de prepararse ante posibles ataques futuros. Las democracias deben decidir si son capaces de creer en sí mismas y en su capacidad para defenderse frente a la tiranía. Rusia perderá esta guerra porque no se enfrenta únicamente a Ucrania. Es una confrontación entre Rusia y el conjunto del espacio europeo que apoya a Ucrania.

Pérez-Reverte: «El Mediterráneo se venga sumiendo a Europa en el caos»

ABC viaja a Nápoles con el escritor para adentrarse en su última novela, 'La hipótesis más peligrosa'

Israel Viana
Nápoles



Arturo Pérez-Reverte, en el puerto de la isla de Procida. Jeosm

Cuando subimos al avión, Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) me muestra una edición antigua de 'El Correo de Marrakech' (1944), la última novela de Valentine Williams que protagonizó el doctor Adolph Grundt, alias 'Pie Zambo'. «¡Esto sí que es literatura de verdad!», comenta, sonriendo, antes de sumergirse de nuevo en la lectura. Varios pasajeros cuchichean que el escritor de los casi 30 millones de libros vendidos está a bordo, pero él sigue a lo suyo, leyendo esta historia de espías de la Segunda Guerra Mundial.

Nos dirigimos a Nápoles, la ciudad a la que este antiguo corresponsal de guerra siempre regresaba para descansar entre conflicto y conflicto. El Mediterráneo, siempre el Mediterráneo. «Tuve la suerte de llegar aquí hace muchos años y vivir el final de una época antes de que fuera masacrado por el turismo masivo. Me he dado cuenta con los años de que mi patria es ahora el Mediterráneo», explica después, en una cafetería del puerto de la isla de Procida, en referencia a este mar en el que transcurre su última novela: 'La hipótesis más peligrosa' (Alfaguara).

Cuenta la historia de Cal, un muchacho de 16 años, huérfano de madre, criado por sus abuelos y fascinado por los videojuegos, que encuentra en un puerto español del Mediterráneo al misterioso marinero al que lleva años buscando bajo la sospecha de que es su padre. Este es Asier Lerrant, que en la ficción irá desvelando que, en realidad, es Ashverus ben Uriel, un judío maldecido en el siglo I que lleva dos mil años navegando, como una presencia errante, por estas aguas «donde todo ha ocurrido ya mil veces antes».

«Durante mucho tiempo –reflexiona– pensé que Europa estaba destruyendo la herencia mediterránea, pero es al revés. El Mediterráneo se está vengando y sumiendo a Europa en el caos. Este mar fue siempre caótico, con un montón de culturas superpuestas, guerras, revoluciones, invasiones, ataques y violaciones. Europa lo intentó civilizar, pero al final el Mediterráneo está descivilizando a Europa, contagiándole su locura. Hoy el Mediterráneo está en Berlín, Copenhague, Oslo, Madrid...».

Durante la novela, Cal lo recorre entero junto a Lerrant, en un velero que es casi como el que Pérez-Reverte tiene en la realidad, el 'Corso', con el que sigue navegando por los mismos lugares desde hace 32 años. El periplo de la ficción, sin embargo, mezcla lo policiaco, lo sentimental y lo fantástico, con una trama sobre tráfico de arte robado de fondo. Y el autor tiene mucho del enigmático marinero.

Se podría decir, incluso, que tiene más de él que de cualquier otro personaje que haya poblado sus casi cuarenta novelas. «Yo soy un capitán de yate experimentado y navego en mi velero desde 1994, por lo que muchas de las cosas que viven los protagonistas no me las ha contado nadie, las he vivido. Hay una forma de ver el mundo de Lerrant que también es mía, aunque yo no sea inmortal ni le haya negado el agua a Jesucristo», asegura Pérez-Reverte.

«Es mi vida, nací en su orilla»

Cuando fue a Chipre a cubrir su primera guerra con 22 años, Pérez-Reverte ya había navegado muchas veces. «El Mediterráneo es mi vida, nací en su orilla. Con 16 años, mi padre me embarcó en un pesquero de arrastre para trabajar durante dos meses entre Cartagena y Almería. ¡Hoy le habrían llevado a la cárcel!», apunta. Y antes ya lo había hecho con los libros de Herman Melville, Robert Louis Stevenson, Jack London y Frederick Marryat que pueblan también el camarote de Lerrant en la ficción. Y su querido Joseph Conrad, por supuesto, el único escritor del que Pérez-Reverte tiene una fotografía en su velero, al que ABC Cultural fue invitado hace cinco años.

Cuando se tituló como capitán de yate para navegar sin límite de esloras ni millas, Pérez-Reverte ya había publicado seis novelas. En 1994 colgó su carta de dimisión como corresponsal de guerra en el tablón de anuncios de RTVE y se marchó, con una veintena de conflictos a sus espaldas, para dedicarse en cuerpo y alma al mar y la literatura, las mismas pasiones que Lerrant.

La aventura les llevará a Formentera, el cabo Spartivento, el golfo de Cagliari, las islas Eolias, el estrecho de Messina y el mar Jónico, entre otros. Y mientras navegan, el misterioso padre –del que intenta averiguar por qué les abandonó– le va introduciendo en algunos episodios cruciales de su (nuestra) historia: la caída de Masada en el 73 a. C., la batalla de Lepanto, el ataque de los españoles a Gibraltar en 1704, la construcción del Canal de Suez, la Primera Guerra Mundial o la erupción del Vesubio.

«Javier Marías me decía que mi biografía es muy movida y que, cuando hablo de muertos y sangre, lo he vivido. Solo tengo que recurrir a mi memoria. Puedo prestarle a Lerrant mi biografía. Cuando dice en la novela que los seres humanos somos asesinos naturales, es así, tengo pruebas. He conocido a músicos que tocaban el violonchelo y se convertían en francotiradores para matar a niños. En mi primera guerra yo ya sabía latín y griego y había traducido la 'Ilíada', la 'Odisea' y la 'Eneida'. Me di cuenta de que Sarajevo era la Troya de nuestro tiempo. Todas las guerras que he vivido son, en realidad, la guerra de Troya, solo cambian los medios», añade.